

Discurso de apertura de las XXVIII Jornadas Argentinas de Botánica,  
Santa Rosa, La Pampa (22 de Octubre de 2001)

## UNA NUEVA GENERACIÓN DE BOTÁNICOS

Jorge V. Crisci



Autoridades, colegas, señoras y señores: en nombre de la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Botánica, les doy la bienvenida y les agradezco que nos honren con su presencia.

Hoy celebramos aquí mucho más que la apertura de una reunión científica, celebramos un canto a la esperanza, al compromiso y al amor.

En tiempos difíciles como los actuales, es extraordinario ver el esfuerzo y el sacrificio que todos ustedes han realizado para estar hoy en Santa Rosa, La Pampa, y la dedicación y la eficiencia con las que los botánicos locales han organizado esta reunión. Estas acciones y obras fundamentan la esperanza que hoy celebramos.

El compromiso, la segunda causa de nuestra celebración, es con nuestros padres fundadores. La Sociedad Argentina de Botánica nos parece a cada uno de nosotros tan natural como el aire que respiramos. Apenas si alguna vez pensamos que hubo un momento en el tiempo en que no existía. Tal vez convenga hoy recordar que hubo gigantes intelectuales que tuvieron el amor, el coraje y la inteligencia para pensar una utopía. Revivir el momento de la fundación de nuestra Sociedad no solo nos ayudará en esta época difícil, sino que al mismo tiempo nos recordará el compromiso que tenemos por conservar su legado de grandeza.

Retrocedamos al 21 de junio de 1945. El mundo está en guerra. Europa está devastada y 50 millones de muertos son el saldo de esa devastación. En Hiroshima y Nagasaki se avecina el holocausto nuclear. Argentina atraviesa por una grave crisis política y económica y está al borde de la convulsión social. Las universidades argentinas no escapan a esta crítica situación. No existen el fax, las computadoras, el internet, la televisión, ni las fotocopiadoras. Dirijamos nuestra mirada a una modestísima oficina del herbario del Museo de La Plata. Observemos al pequeño grupo de botánicos allí reunidos. Entre los jóvenes, que son mayoría, podemos ver a Arturo Burkart, a Juan Carlos Lindquist y a Enrique Sívori, y a los estudiantes Frida Gaspar, Ovidio Nuñez y Aida Pontiroli. No faltan los profesores, allí vemos a Joaquín Frenguelli y a Lorenzo Parodi. Para nuestra sorpresa al grupo lo lidera un joven de 36 años, Angel Lulio Cabrera. En este instante acaban de tomar la decisión de fundar la Sociedad Argentina de Botánica. Un espectador profético hubiese visto en ese acto, a las publicaciones, a los libros, a los centenares de socios, a los congresos, a todos nosotros reunidos aquí, y otras consecuencias que todavía no pueden discernir nuestros ojos.

Hay un sabor que nuestro tiempo (hastiado acaso por las torpes imitaciones) ha dejado de percibir: el elemental sabor de lo heroico. Inconfundible, ese sabor estuvo presente en la modesta oficina del herbario. Nadie puede imaginar el comienzo de esa epopeya sin conmoverse y profesar por esos héroes un sentimiento que rebasa la veneración, y es el agradecimiento.

El 21 de junio de 1945 nos deja el espectáculo incomparable de un grupo de hombres y mujeres que en lugar de acomodarse para sobrevivir eligieron la utopía, a riesgo de desafiar, en condiciones desiguales, un entorno adverso.

La tercera causa de nuestra celebración es el amor que sentimos por la botánica y las plantas y que hoy nos tiene a todos reunidos aquí. Desde hace miles de años la humanidad, a través de la Botánica, ha tratado de comprender el fascinante mundo de las plantas. Esa comprensión nos enseña que las plantas directa o indirectamente nos proveen de todo nuestro alimento, de la mayor parte de nuestras medicinas y de numerosos materiales y sustancias químicas que utilizamos para construir nuestras casas y para nuestra vesti-

menta. Además nos deparan, con su belleza y diversidad, un incommensurable placer estético. Por otro lado, las plantas protegen el suelo, mejoran la calidad del agua que consumimos, determinan climas locales, y en última instancia proveen alimento y protección al resto de los seres vivos. En otras palabras: forman la base para la supervivencia de la vida sobre la Tierra.

Hoy, en el comienzo del siglo XXI, un enorme desafío hace necesaria una nueva epopeya. La vida que comenzó hace 3.500 millones de años atraviesa por uno de los periodos más críticos de su larga historia. La humanidad que ha alcanzado la capacidad de dominar otras formas de vida, está al mismo tiempo amenazando la existencia de la mayoría de ellas incluyendo la propia. Esta conducta humana que provoca la extinción de numerosas especies se da, y no por azar, en una época que adora el dinero, la fama, el poder y los ídolos de la sangre y en la que poderes mediocres pueden destruirlo todo. Esta crítica situación reclama una nueva generación de botánicos que, desde la ciencia, herramienta fundamental de la conservación de la vida sobre la Tierra, elijan la utopía. Utopía que nos asegure la preservación de la grandeza y el coraje que albergaban en el corazón de nuestros padres fundadores.

Vuelvo a nuestra primera causa de celebración: la esperanza. Se ha dicho que la esperanza viene al mundo en las patas de una paloma. Si aguzamos el oído acaso oigamos en el medio del estrépito de la codicia, la injusticia social y la violencia, un débil aleteo. Unos dirán que este aleteo está alimentado por un pueblo, otros por una ideología, otros por un hombre. Yo creo, sin embargo, que esta sustentado en millones de gentes como ustedes cuyas acciones y obras niegan cada DÍA a la cultura de la muerte y rescatan el extraordinario momento que 3.500 millones de años atrás heredó para siempre al hombre con el resto de los seres vivos.

Quiero finalizar con una frase del escritor uruguayo Eduardo Galeano. Dice Galeano: "Muchas veces me pregunto para que sirve la utopía. Porque es como el horizonte, si yo me acerco tres pasos, el horizonte se aleja tres pasos, si yo doy diez pasos el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que camine nunca, nunca lo alcanzaré. La utopía está en el horizonte y yo nunca la alcanzaré. Entonces... para que sirve?" Y se contesta Galeano: "Justamente para eso: para caminar."

Los invito a que caminemos juntos.

Muchas gracias.